

Revista de Ciencias Sociales

Vol. XIV

Abril-Junio, 1970

Núm. 2

LA NUEVA REVOLUCION EN LA CIENCIA POLITICA

DAVID EASTON

ESTÁ ocurriendo una nueva revolución en la ciencia política norteamericana. La revolución anterior —el *behaviorismo**— que está por culminar, se está deteniendo por las crecientes crisis sociales de nuestro tiempo. El peso de esas crisis se siente dentro de nuestra disciplina en la forma de un nuevo conflicto cuyas sacudidas nos están afectando. Este nuevo y reciente desafío se dirige contra una ortodoxia *behaviorista* en desarrollo. A este reto le llamaré la revolución *post behaviorista*.

Ya se siente el impulso inicial de esta revolución. Sus gritos de batalla son *relevancia* y *acción*. Sus críticas se dirigen a las disciplinas científicas, las profesiones y las universidades. Es aún muy reciente para que se describa en forma definitiva. Sin embargo, no podemos tratarla como a un fenómeno pasajero, como a una especie de accidente histórico que desaparecerá en alguna forma, dejándonos igual que antes. Parece más bien un episodio único e importante en la historia de nuestra disciplina y acaso en todas las ciencias sociales. Estamos obligados a examinar cuidadosamente esta revolución para ubicarla en la evolución continua de la ciencia política. ¿Representa ésta revolución una ame-

* El término *behaviorismo* ya ha circulado lo suficiente para que pueda usarse aquí libremente. A veces se ha usado el término conductismo, pero éste está muy vinculado a una particular escuela psicológica. *Behaviorismo* se refiere a las ciencias de la conducta, a la investigación empírica y, en general, a una ideología científicista que ha prevalecido en los E.U. por muchos años.

naza a nuestra disciplina que nos va a desviar de nuestra larga historia en la búsqueda de conocimiento confiable sobre la política? ¿O es sólo otro cambio más que aumentará nuestra capacidad para alcanzar tal conocimiento?

Naturaleza de la Revolución, Post-Behaviorista

La esencia de esta revolución *post-behaviorista* no es difícil de identificar. Se trata de una profunda insatisfacción con ese tipo de enseñanza e investigación política que trata de convertir el estudio de la política en una disciplina más rigurosamente científica, siguiendo el modelo metodológico de las ciencias naturales. Aunque la revolución *post-behaviorista* puede tener la apariencia de ser sólo otra reacción al *behaviorismo*, de hecho es notablemente diferente. Hasta la fecha, la resistencia a incorporar el método científico, se ha hecho apelando al pasado, a la ciencia política clásica, como el derecho natural, o al tipo de método bien flexible, como se concibe en la investigación tradicional. Al *behaviorismo* se ha visto como una amenaza al status quo; el clasicismo y el tradicionalismo fueron reacciones diseñadas para preservar algo de lo que había sido, negando a la vez la posibilidad misma de una ciencia de la política.

La revolución *post-behaviorista* se orienta hacia el futuro. No trata en particular de retornar a alguna edad dorada de la investigación política ni a conservar o aun destruir un particular enfoque metodológico. No requiere de sus seguidores que nieguen la posibilidad de descubrir generalizaciones demostrables sobre el comportamiento humano; trata de encauzar la ciencia política por nuevas direcciones. En forma muy parecida, el *behaviorismo* de los años 50, al adaptar una nueva tecnología, trató de añadir y no de quitar a nuestra herencia científica. Este nuevo desarrollo es, por lo tanto, una auténtica revolución, no una reacción; un proceso, no una preservación; una reforma, no una contrarreforma.

El *post-behaviorismo* es tanto un movimiento, es decir un agregado de personas, como una tendencia intelectual. Como movimiento tiene muchas de las cualidades difusas, inestables y aún punzantes que tuvo en sus comienzos la propia revolución *behaviorista*. Sería un gran error, de hecho una gran injusticia, confundir este abarcador e incipiente movimiento con algún grupo organizado dentro o fuera de la profesión. Tampoco debemos atribuir tinte político alguno a los miembros del movimiento *post-behaviorista*. Estos varían ampliamente desde el conservadurismo hasta la izquierda activa; tampoco tiene el movimiento compromisos metodológicos particulares. Este incluye tanto

cientificistas rigurosos como clasicistas dedicados. Tampoco apela a un solo grupo cronológico; todas las generaciones están incluidas entre sus seguidores, desde jóvenes estudiantes graduados hasta miembros mayores de la profesión. Esta diversidad problemática —política, metodológica y generacional— se mantiene ligada por un solo sentimiento: un profundo descontento con la dirección que ha tomado la investigación política contemporánea.

Aunque en la actualidad las divisiones organizadas dentro de la profesión escriben la mayor parte de los guiones dramáticos, a la larga esas divisiones pueden resultar la parte menos interesante de lo que está pasando. Lo que indudablemente tendrá un significado más profundo para nosotros es la tendencia intelectual abarcadora que provee el ambiente dentro del cual se han formado las actuales divisiones. Por lo tanto, cocentraré mi atención aquí en los componentes puramente intelectuales del *post-behaviorismo*.

Aunque el movimiento está aún en sus comienzos, los principios de su fe han surgido en forma suficientemente claros para ser identificados. Ellos forman lo que podría llamarse un credo de relevancia. Yo describiría los principios de este credo *post-behaviorista* de la siguiente manera:

1. La substancia debe preceder a la técnica. Si uno *tiene* que sacrificarse por el otro —lo cual no tiene que ser siempre así— es más importante ser relevante y tener sentido para los urgentes problemas sociales contemporáneos que ser sofisticado en las técnicas de investigación. Por el aforismo de la ciencia de que es mejor estar equivocado que ser impreciso, el *post-behaviorismo* sustituiría el nuevo dictum de que es preferible ser impreciso que irrelevantemente preciso.

2. La ciencia *behaviorista* esconde una ideología de conservadurismo ideológico. Limitarse exclusivamente a la descripción y análisis de los datos es impedir la comprensión de esos mismos hechos en su contexto más amplio. Como resultado de esto la ciencia política empírica debe dar su apoyo al mantenimiento de las mismas condiciones factuales que estudia. Sin saberlo, provee ideología de conservadurismo social, moderada por modestos cambios incrementales.

3. La investigación *behaviorista* tiene que perder contacto con la realidad. La esencia de la investigación *behaviorista* es la abstracción y el análisis, y esto sirve para esconder las relaciones brutales de la política. La tarea del *post-behaviorismo* es romper las barreras de silencio que necesariamente ha creado el lenguaje *behaviorista* y ayudar a la ciencia política a influenciar sobre las necesidades reales de la humanidad en una época de crisis.

4. La investigación y el desarrollo constructivo de los valores son parte indestructible del estudio de la política. La ciencia no puede ser, ni nunca ha sido, éticamente neutral, a pesar de las alegaciones contrarias que se hacen. Por lo tanto, para entender los límites de nuestro conocimiento necesitamos estar conscientes de las premisas valorativas en que ese conocimiento descansa y los usos alternativos que podrían dársele al mismo.

5. Los miembros de una disciplina intelectual tienen las responsabilidades de todos los intelectuales. El papel histórico de los intelectuales ha sido y debe ser proteger los valores humanos de la civilización. Ésta constituye su obligación y tarea singulares. Si no hacen eso se convierten en meros técnicos y mecánicos que se ocupan vanamente con la sociedad. De esa manera abdican a los privilegios especiales que han reclamado para sí en la academia, tales como la libertad de investigación y una protección cuasi extra territorial de los asaltos de la sociedad.

6. Conocer conlleva la responsabilidad de actuar, y al actuar se participa en la reorganización de la sociedad. El intelectual, como científico, tiene la obligación especial de poner a prueba su conocimiento. La ciencia contemplativa fue creación del siglo 19, cuando la sociedad compartía un amplio consenso moral. La ciencia de la acción, por necesidad, refleja el conflicto sobre los valores en la sociedad contemporánea y eso tiene que permear y darle tinte a todo el quehacer investigativo.

7. Si el intelectual está obligado a implementar su conocimiento, aquellas organizaciones compuestas de intelectuales —las asociaciones profesionales— y las mismas universidades no pueden mantenerse fuera de las controversias de la época. La politización de las profesiones es tanto ineludible como deseable.

Ningún *post-behaviorista* compartiría todos estos puntos de vista. He presentado sólo la esencia de la imagen máxima. Tal vez representa un tipo ideal weberiano de los retos al *behaviorismo*. Como tal, el credo resalta los rasgos prominentes de la revolución *post-behaviorista* en la forma en que se está desarrollando.

Imágenes cambiantes de la Ciencia

¿Qué tiene que ofrecernos esta nueva imagen de la ciencia política? El *behaviorismo* ha representado, sin lugar a dudas, el enfoque dominante de la última década en los Estados Unidos. ¿Serán destruidos los innegables logros de la revolución *behaviorista* por el *post-*

behaviorismo? ¿O es este más bien una contribución valiosa que podemos y debemos incorporar en nuestros procedimientos establecidos?

Una cosa es clara. En un mundo que se transforma rápidamente, la ciencia política no puede ser la única que alegue haber completado su desarrollo. Sólo si se supone que la ciencia política *behaviorista* ha dicho la última palabra sobre la que constituye una investigación adecuada y una disciplina apropiada, podemos ignorar cualquier propuesta de cambio.

La historia de varias ciencias teóricas, como la física y la química, revela que cada disciplina descansa en ciertos supuestos fundamentales. Cada una es prisionera de lo que se ha descrito como un paradigma de la investigación. A través de los años, la ciencia política no ha estado menos inclinada a desarrollar modelos de lo que constituye una buena disciplina o investigación adecuada, y esos modelos han tenido grandes transformaciones.

El modelo *behaviorista* no ha sido más que el último de una larga cadena. Ha alterado el balance de la preocupación por la prescripción, la investigación ética y la acción hacia la descripción, la explicación y la verificación. Este cambio ha sido justificado por la creencia *behaviorista* de que sin la acumulación de conocimiento confiable, los medios para alcanzar fines serían tan inciertos que la acción se convertiría en un juego fútil. No puede negarse el éxito creciente de la empresa científica en la ciencia política.

La nueva situación del mundo moderno nos obliga, sin embargo, a considerar de nuevo la imagen de lo que queremos ser. El progreso científico es lento, y a pesar de lo confiable que se ha vuelto nuestro limitado conocimiento sobre la política en los últimos 50 años, nos enfrentamos a crisis sociales de proporciones imprevistas. El temor a la bomba nuclear, las crecientes divisiones internas en los Estados Unidos, que convierten la guerra civil y el poder autoritario en terribles posibilidades, y una guerra sin declarar en Vietnam que viola la conciencia moral del mundo, constituyen condiciones permanentes, totalmente imprevistas por la ciencia política, sea *behaviorista* o de cualquier otro tipo. Tratar de explicarnos por qué como científicos hemos resultado ser tan decepcionantemente ineficaces en anticipar el mundo de la década del 60, ha contribuido grandemente al surgimiento de la revolución *post-behaviorista*.

Desde esta perspectiva no puede cuestionarse la legitimidad de plantear dudas sobre la relevancia de la ciencia política en un mundo contemporáneo en crisis. Podemos al menos unirnos al movimiento *post-behaviorista* al hacer las siguientes preguntas: ¿Debemos comprometernos eternamente a una imagen estática de la disciplina, sea *behavio-*

rista o cualquier otra? ¿No es obligación nuestra tomar en cuenta las condiciones cambiantes y estar listos y deseosos de considerar de nuevo las viejas imágenes y modificarlas hasta donde sea necesario? ¿Debe la ciencia política seguir haciendo lo que ha hecho en las últimas décadas, con la esperanza de que algún día volverá un período normal en que el tiempo estará de parte de aquellos que quieren desarrollar un conocimiento más confiable de los procesos políticos?

Es clara la respuesta negativa que ofrecen los miembros de todas las generaciones de científicos políticos. Podemos entender de inmediato una de las probables razones subyacentes para esa respuesta. La humanidad está hoy bajo la presión del tiempo. El tiempo no está ya de nuestro lado. Esto de por sí constituye uno de los aspectos terribles en los asuntos mundiales. Un arma apocalíptica, una explosión poblacional igualmente devastadora, la peligrosa contaminación del ambiente y los graves conflictos de orígenes raciales y económicos en Estados Unidos, todos contribuyen a incrementar los conflictos y a intensificar los temores y ansiedades sobre el futuro no de una generación o una nación sino de toda la raza humana. Confrontando esa posibilidad cataclísmica está el conocimiento de la enorme riqueza y de los recursos técnicos disponibles actualmente en unas pocas áreas privilegiadas del mundo, el ritmo espectacular de crecimiento en la creatividad material y la tecnología humana y las grandes posibilidades que se vislumbran para entender los procesos políticos y sociales. La agonía en nuestra crisis actual se debe al contraste entre nuestra condición desesperada y las promesas que se vislumbran si tuviéramos el tiempo de nuestro lado.

Ante una situación como ésta el movimiento *post-behaviorista* en la ciencia política y en las demás ciencias sociales, nos está ofreciendo una nueva imagen de nuestra disciplina y de las obligaciones de nuestra profesión. Se clama por un tipo de investigación más relevante y por una orientación hacia el mundo que estimulará a los científicos políticos, aún en su capacidad profesional, a hacer recomendaciones y actuar con el propósito de mejorar la vida política con arreglo a criterios humanos. Frente a ese reto nuestra respuesta puede ser la de no ceder como hicieron una vez los clasicistas y los tradicionalistas frente a los ataques de los *behavioristas*, o podemos reconocer la necesidad de cambio y explorar las mejores formas de reconstruir nuestra concepción de nuestra disciplina y las instituciones profesionales relacionadas de las cuales formamos parte. Me propongo considerar aquí la segunda alternativa.

Los compromisos ideales de la Ciencia Política

Una decisión que tenga en mente revisar la imagen de nuestra disciplina y de la profesión, coloca al científico político en una situación difícil y extraña. Se están desarrollando tremendas presiones para resolver los problemas inmediatos. Sin embargo, por su naturaleza, la investigación básica se concentra en cuestiones fuera de los problemas inmediatos y trata de posponer la aplicación del conocimiento hasta estar más seguro de su confiabilidad.

Este dilema de la ciencia política contemporánea se revela muy claramente en los compromisos ideales del *behaviorismo*. De acuerdo a los *behavioristas*, por ejemplo, son ineludibles aquellas características epistemológicas de la investigación política que tanto objetan los *post-behavioristas*. El *post-behaviorismo* deplora lo que considera excesos técnicos en la investigación. Sin embargo, nadie puede negar que la adecuación técnica es vital. Sin ello hubiera sido en vano toda la evolución de la ciencia empírica en todos los campos del saber en los últimos 2,000 años. A pesar de algunas objeciones *post-behavioristas* a la abstracción y distancia de la ciencia del mundo del sentido común, la ciencia, por naturaleza, tiene que bregar con abstracciones. Ninguna ciencia sola podría enfrentarse a toda la realidad como ésta se entiende por los políticos. Sólo a través del análisis, desmenuzando el mundo en unidades manejables para la investigación, con la precisión alcanzada hasta lo posible por la medición, puede la ciencia política enfrentarse a la constante necesidad de conocimiento más confiable que tiene una sociedad industrial. Apelar a la ciencia para que descarte la teoría abstracta y los modelos como el criterio de relevancia para la investigación, y sustituirlos por la urgencia social de los problemas, es pedirle que sacrifique aquellos cánones que han tenido más éxito para el desarrollo del conocimiento confiable.

Aún más, parece que el uso de los métodos de la ciencia *behaviorista* contribuye al tipo de posición sociológica de el científico político que tanto objeta el *post-behaviorista*. Esos métodos ayudan a proteger al científico profesional de las presiones que ejerce la sociedad para obtener respuestas rápidas a problemas urgentes pero complicados. La historia de las ciencias naturales demuestra lo lento que se mueve la investigación básica. Las nuevas ideas dominantes en las ciencias naturales —la mecánica newtoniana, la evolución darwiniana, la relatividad de Einstein o la cibernética moderna— rara vez aparecen en una escala temporal de siglos. Pero durante los intervalos entre las nuevas ideas, grandes o pequeñas, la ciencia, con pasión por los detalles, trabaja elaborando las implicaciones de esas ideas, aunque la investigación se aleje

de los problemas prácticos del momento. Esos detalles, aparentemente remotos y a menudo minuciosos, sobre escalas, índices, técnicas especializadas para recolectar y analizar datos, constituyen los bloques de construcción del edificio donde se realiza el conocimiento más confiable. Lo que es cierto sobre lo lento y remoto que es la investigación básica en las ciencias naturales se aplica con igual fuerza en las ciencias sociales. De hecho, en las ciencias sociales están tan poco desarrollados nuestros criterios de adecuación que es difícil ponernos de acuerdo sobre lo que son grandes descubrimientos.

Además, aún cuando el científico político comience su investigación, como lo hace a menudo con un problema social inmediato, en el transcurso de la misma el problema será reformulado en términos más manejables. Esta reformulación le trae de nuevo a aquellos aspectos básicos que parecían inherentes al comenzar la investigación.

La ideología de la investigación pura y su éxito, alcanzado en las ciencias mejor desarrolladas, en proveer un fundamento más confiable al conocimiento, parece justificar esa estrategia en la investigación, aunque sea lenta y trabajosa. Al ayudar a proteger la erudición de las presiones diarias de la sociedad por obtener respuestas rápidas y a la mano, esta ideología permite a la ciencia buscar la verdad, en la forma que mejor pueda.

Esta misma preocupación por el conocimiento generalizado y verificable, ha obligado al científico social a discriminar con sumo cuidado sobre lo que podemos y no podemos hacer con nuestras premisas y nuestros técnicos. Podemos describir, explicar y entender, pero no podemos prescribir ideales éticos. La cuestión valorativa se deja de lado, no porque la consideremos inconsecuente, sino porque creemos que es insensible a las técnicas útiles que usamos para analizar el mundo empírico.

Estas son por lo tanto algunos de los compromisos ideales de la ciencia: eficacia técnica en la búsqueda de conocimiento confiable, búsqueda de conocimiento básico con su necesaria separación de las preocupaciones prácticas, y excluir la especificación de valores por estar fuera de la competencia de la ciencia. Estas son las ideas que la investigación *behaviorista*, en la ciencia política ha tratado de impartir a la disciplina.

Nuevas estrategias para la Ciencia

En la actualidad estos valores tradicionales de la ciencia se están confrontando con una serie de condiciones sociales sin precedente histórico. Esta extraordinaria circunstancia ha producido la situación en

que se encuentra ahora la investigación *behaviorista*. Se deriva del hecho de que nos confrontamos con una nueva y más corta escala temporal en el curso de los acontecimientos humanos, una en que tenemos que descontar el futuro más que nunca antes. Para muchas personas una guerra nuclear, o la guerra civil, con el resultado probable de un poder autoritario, son peligros claros y presentes que hay que calcular en términos de décadas a lo más. Para muchos, tal vez no tengamos un futuro digno de contemplar si, a pesar de lo incierto de nuestro conocimiento o lo inadecuado de nuestros técnicos, no nos concentramos de inmediato en las cuestiones urgentes de nuestra época. ¿Cómo espera entonces la investigación *behaviorista*, con su calma y alejamiento, poder enfrentarse a las demandas que se hacen a la disciplina?

Para algunos *behavioristas* el temor de la autodestrucción física y política ha llevado al abandono de la ciencia. Para ellos la ciencia está sencillamente incapacitada para enfrentarse a las necesidades contemporáneas. Otros, que siempre han visto la ciencia como inherentemente defectuosa, se sienten ahora justificados en sus convicciones. Pero para aquellos *post-behavioristas* que siguen poniendo sus esperanzas en la ciencia *behaviorista* moderna, las crisis actuales les plantean el dilema sobre si es sabio mantener nuestro compromiso con una estrategia normal de investigación científica. Este tipo de *post-behaviorista* está convencido que no hay otra alternativa que hacer más relevante nuestra investigación. Para ellos sólo podemos hacer eso, dedicando todas nuestras energías profesionales a la investigación, prescripción y acción relacionadas con las cuestiones inmediatas del momento. En resumen, se nos pide que revisemos nuestra propia imagen, posponiendo las exigencias de la investigación pura, que opera lentamente, y que, actuando en nuestra capacidad profesional, demos uso inmediato a cualquier conocimiento que tengamos.

Este argumento nos plantea una serie de preguntas críticas. ¿Estamos obligados, a pesar de las crisis sociales de nuestro tiempo, a subordinar los objetivos a largo plazo de la empresa científica a los problemas indudablemente urgentes del momento? ¿No hay otra forma en que podamos enfrentarnos a esa necesidad clara de relevancia práctica? Si no hay alternativas ¿habrá esperanza de conservar aquellas condiciones de autonomía teórica, precisión, y cierta medida de aislamiento tan vital a la ciencia política, que nos permitan seguir contribuyendo al capital acumulado del conocimiento básico?

Yo argumentaría que tenemos que abandonar los objetivos históricos de la ciencia básica. Hay una estrategia que, además de ayudarnos a preservar esas tradiciones, nos permitirá responder a la urgencia anormal de las crisis actuales. Siguiendo esta línea de acción, el *post-*

behaviorismo no debe verse como una amenaza para la investigación *behaviorista*, sino como una extensión necesaria de ella, para enfrentarnos a los problemas nuevos que plantea la época actual.

Para apreciar la estrategia a seguirse, debemos recordar una cosa: aunque se alega que la escala temporal en términos de lo cual debemos pensar se ha acortado grandemente, la mera proyección no puede persuadirnos completamente de que el futuro tenga que estimarse en términos de décadas y no de siglos. Aunque eso ofrezca poco consuelo, no hay que olvidar que en el pasado hemos tenido intuiciones erróneas. Quizás nos queden por delante siglos, no décadas.

Esta posibilidad realista sugiere que, en caso de que ya no estemos muertos, se siga una estrategia óptima en la que se haga una distribución de recursos para largo plazo, no para corto plazo. Es demasiado alto el costo de dedicar nuestros esfuerzos exclusivamente a crisis de corto plazo. Podría asegurarse fácilmente que, si de hecho sobrevivimos las crisis presentes, al no poder seguir contribuyendo a la acumulación del capital de conocimiento básico, nos encontraremos trágicamente sin preparar para mayores crisis en un futuro más lejano. Así habremos perdido toda oportunidad de evitar la propia aniquilación de la humanidad o el colapso de aquellas instituciones políticas que veneramos.

¿Hay alguna forma sensata de darle uso satisfactorio a nuestros recursos sin desviarnos mucho de la atención y de las nuevas orientaciones de la investigación que requieren las grandes cuestiones del país y del mundo? Es a ese tipo de pregunta que debemos dedicar algunas de nuestras energías quienes tenemos alguna esperanza de poder sobrevivir las verdaderas y grandes crisis del futuro próximo. Tenemos que considerar los diferentes cursos de acción en la forma como se apliquen a la disciplina y a la profesión.

La Disciplina

Investigación básica vs. investigación aplicada

La revolución *post-behaviorista* propone a la disciplina lo apropiado que es revisar nuestra imagen ideal, por lo menos en la forma como ésta ha sido incorporada al *behaviorismo*. Es de vital importancia seguir reconociendo la parte que debe desempeñar la investigación básica, pero debemos reconocer también que, en la distribución de recursos humanos y financieros, debe haber de inmediato un cambio de énfasis para tomar en consideración los tiempos críticos en que vivimos.

En términos de cualquier distribución ideal de nuestros recursos, la investigación pura debe requerir una parte muy considerable. Aunque los resultados socialmente útiles que salen de tales investigaciones llegan tarde, son a la larga los más confiables. Pero, dada la presión inescapable de las crisis actuales, se necesita cambiar de énfasis. Debe dedicarse una parte mucho mayor de nuestros recursos a preocupaciones inmediatas de corto plazo. Tenemos que aceptar como legítimo el enfrentarnos directamente a los problemas del momento y producir respuestas rápidas y a corto plazo, no importa cuán inadecuadas sean las técnicas y las generalizaciones disponibles. Ya no es posible tomar la posición científica del *behaviorismo* y decir que debido a las limitaciones de nuestro conocimiento, toda aplicación concreta es prematura y tiene que esperar investigación básica futura.²

En realidad esta propuesta representa no tanto una alteración en nuestros procedimientos, como un cambio en nuestra posición ideológica. La revolución *behaviorista* nunca ha sido plenamente comprendida o incorporada a la disciplina; todavía estamos forcejeando con su verdadero significado. Cualquier examen somero de las investigaciones que se llevan a cabo revelaría que, independientemente de cualquier distribución ideal, la investigación pura nunca ha consumido más de una pequeña parte de los recursos de la disciplina. Lo que ocurrió fue que al advenir la revolución *behaviorista*, los ideales de la disciplina cambiaban cuando se incorporaban a una ideología de investigación. Esta nueva imagen legitimó un tipo de investigación básica cuyos resultados no eran inmediatos, pero que prometía mucho para el futuro. Hoy necesitamos templar nuestra imagen *behaviorista* de la disciplina, de manera que en estos tiempos críticos no exija que dediquemos la mayor parte de nuestros esfuerzos para descubrir verdades fundamentales sobre la política. Necesitaremos obtener más satisfacción buscando respuestas rápidas a los problemas inmediatos.

Este tipo de cambio de visión en la disciplina requerirá el examen sistemático de las tareas necesarias para transformar nuestro limitado conocimiento en algo más consumible para propósitos de la acción política. Hay ciertas dificultades que obstaculizan la aplicación de nuestro conocimiento. En primer lugar, los problemas sociales contemporáneos sobrepasan por mucho la capacidad que tiene la ciencia política por sí misma, o en colaboración con las otras ciencias sociales, para resolverlos. Nuestro conocimiento básico es limitado y el poco que tenemos no se aplica directamente a cuestiones prácticas.

¹ T. S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago: University of Chicago, 1962).

² Ver: D. Easton, *The Political System* (New York: Knopf, 1953), p. 78 y ss.

En segundo lugar, como en la medicina medieval, quizás estamos en la etapa de hacer sangrías con la esperanza de curar al paciente. Debido a nuestra baja capacidad para clasificar las conexiones causales complejas que hay entre el asesoramiento que damos y sus consecuencias sociales, tenemos pocas garantías de que no estemos haciendo más mal que bien. Se está haciendo algunos esfuerzos para corregir esta situación. En la extensa búsqueda de índices sociales, estamos inventando técnicas para aislar los resultados de los productos de la política³ (policy outputs) y para comparar esas consecuencias con las supuestas metas políticas.⁴ De esa forma tendremos unas medidas de los efectos de nuestra ingerencia en los procesos sociales. Pero el éxito de esos esfuerzos reside en el futuro.

En tercer lugar, la ciencia política por sí sola es incapaz de proponer soluciones a los problemas sociales; éstos normalmente incluyen cuestiones que requieren el conocimiento especializado y las pericias de otros científicos sociales. Sin embargo, por rareza, los que hacen decisiones políticas buscan el asesoramiento colectivo de equipos de científicos sociales.

Estas y muchas otras dificultades han obstaculizado la aplicación de nuestro conocimiento a situaciones específicas. Han contribuido también a la baja estima académica de la ciencia aplicada, en comparación con la ciencia básica. Los esfuerzos hechos en el pasado para aplicar el conocimiento han tenido muy poco éxito, para poder atraer las mejores mentes de la época.⁵ Al modificar temporaneamente las prioridades inmediatas de la disciplina, necesitaremos diseñar formas para elevar el desarrollo conciente del conocimiento que se llama erróneamente ingeniería social, a la respetabilidad que el *behaviorismo* ha logrado para la investigación básica.

Distribuir todos nuestros recursos para el presente, como parecen sugerir algunos *post-behavioristas*, sería descontar demasiado al futuro. Necesitamos mantener vivos y activos los legítimos intereses de largo alcance de toda la ciencia. La resolución de problemas sociales no es totalmente inconsistente con este objetivo. La línea divisoria entre investigación pura y aplicada es a menudo muy fina. Aquellos entre nosotros que hemos adaptado el punto de vista a largo plazo, esperando con optimismo la supervivencia de la humanidad, encontra-

³ Para la diferencia entre "outcomes" y "outputs", véase D. Easton, a *Systems Analysis of Political Life* (New York: Wiley, 1965), p. 351.

⁴ Sobre la literatura acerca de indicadores sociales, véase R. A. Bauer (ed.), *Social Indicators* (Cambridge: M. I. T. Press, 1966); "Social goals and Indicators for American Society", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, vols. 371 (Mayo, 1967) y 373 (septiembre, 1967).

⁵ Véase H. W. Rieken, "Social Science and Contemporary Social Problems", *23 Items* (1969) 1-6.

remos mucho de utilidad en las investigaciones que llevan a cabo aquellos que se preocupan con problemas de aplicación. Sin embargo, eso no puede excusarnos de la necesidad de seguir dedicando atención específica a problemas básicos en la disciplina: la reconceptualización de nuestros variables significativos, la búsqueda continua de unidades adecuadas para el análisis político, la exploración de teorías parciales y generales alternativas y de modelos sobre el funcionamiento de varios tipos de sistemas, y finalmente dedicar atención a nuestros supuestos metodológicos básicos y nuestros requisitos técnicos. Reconocemos que estas constantes preocupaciones nos alejan a menudo de las cuestiones prácticas del momento. Sin embargo, si no damos atención a esos problemas no podemos esperar contribuir a nuestra acumulación de conocimiento confiable, y en esa forma prepararnos para más crisis políticas en el futuro lejano.

Primeras valorativas e intereses de la investigación

Además de proponer esta redistribución temporera de recursos entre investigación básica y aplicada, necesitamos estar cada vez más conscientes del hecho de que la investigación básica tiene sus propios defectos substantivos. Este es el mensaje subyacente en la queja constante de los *post-behavioristas* de que nuestra investigación no es relevante. Se argumenta que la preocupación excesiva con las técnicas y con la descripción de los hechos nos ha desviado de las cuestiones significativas sobre el funcionamiento del sistema democrático norteamericano. Hemos aprendido mucho sobre este sistema, pero todo dentro de un marco valorativo que acepta las prácticas existentes como esencialmente satisfactorias, y a lo sumo sujeto sólo a la necesidad de mejoras incrementales. Como disciplina, no hemos podido eludir el compromiso con nuestro propio sistema político. Los *post-behavioristas* argumentan que esta miopía en la investigación nos ha desalentado para plantear las verdaderas preguntas que descubran las fuerzas decisivas que afectan la formulación y ejecución de decisiones oficialmente autorizadas.

En esta cuestión, los *post-behavioristas* dan la voz de alarma sobre lo que se ha dicho a través de los años por Marx, Weber, y Mannheim, entre otros, a saber: que toda investigación, sea pura o aplicada, se apoya en ciertos supuestos valorativos. Sin embargo, el mito de la investigación libre de valores o neutral resiste hasta la muerte. Hemos seguido desarrollando nuestra disciplina como si los temas que seleccionamos para investigar, los datos que recogemos y las interpretaciones que formulamos tuvieran alguna pureza prístina fuera de lo común,

que no están contaminados por las premisas valorativas que suscribimos consciente o inconscientemente. No nos hacemos consistentemente la pregunta crucial a la sociología del conocimiento: ¿Hasta qué punto nuestros errores, omisiones e interpretaciones pueden explicarse mejor con referencia a nuestras presuposiciones normativas, que a la ignorancia, la deficiencia técnica, la falta de percepción, la ausencia de los datos apropiados, y otros por el estilo? Los *behavioristas* no han insistido, con el mismo fervor que hemos aplicado a nuestras innovaciones tecnológicas, que nuestros valores operantes deben traerse a la luz para un examen consciente, y que debe calibrarse el impacto que tienen en la investigación.

Los peligros de descuidar nuestras presuposiciones normativas son muy conocidos hoy. Hay pocas dudas que como empresa científica, la ciencia política no anticipó las crisis que nos afectan. Un índice de este fracaso quizás sea que en la década de 1958 a 1968 el *American Political Science Review* sólo publicó tres artículos sobre la crisis urbana, cuatro sobre conflictos raciales, uno sobre la pobreza, dos sobre la desobediencia civil y dos sobre la violencia en Estados Unidos.⁶

En gran medida también hemos usado anteojeras colectivas que nos han impedido reconocer otros graves problemas que afectan nuestra disciplina. ¿Cómo podemos, por ejemplo, explicar el fracaso de las actuales interpretaciones de la democracia pluralista en identificar, entender y anticipar los tipos de necesidades y deseos que empezaron a manifestarse como demandas políticas durante la década del 60? ¿Cómo explicar nuestro descuido de la forma en que la distribución de poder dentro del sistema impide que se tomen medidas en grado y tiempo suficiente para evitar el recurso a la violencia para expresar demandas, situación que amenaza con producir la más profunda crisis de autoridad que Estados Unidos jamás haya sufrido? ¿Cómo explicar la dificultad que como disciplina tiene la ciencia política en eludir un compromiso con los supuestos básicos de la política nacional, dentro y fuera del país, de manera que a la larga aparecemos más como un grupo de apologistas que defienden las sucesivas interpretaciones gubernamentales de los intereses norteamericanos que como analistas objetivos de la política nacional y sus consecuencias? ¿Cómo explicar, por último, en una importante investigación tan reciente como la socialización política, la forma natural y poco esforzada en que el estudio ha tratado de revelar las contribuciones del conocimiento político pre-adulto a la estabilidad de los sistemas, ignorando virtualmente la

⁶ Esto refleja sólo que se sometieron pocos artículos, no algún tipo de predisposición del editor.

función igualmente significativa que tiene la socialización para los cambios políticos?⁷

No hay una razón única que pueda explicar la estrecha visión de nuestra disciplina. De cualquier manera podemos ir tan lejos como para ofrecer la siguiente hipótesis: No importa las razones; la incapacidad de ampliar la visión de nuestra investigación básica puede muy bien deberse en buena parte a la continua indecisión por cuestionar nuestras premisas normativas y de examinar hasta qué punto dichas premisas determinan la selección de los problemas y sus interpretaciones últimas.

La especulación creadora

¿Cómo vamos a llevar a cabo los esfuerzos serios que se necesitan para romper las ataduras impuestas a la investigación básica por los marcos valorativos existentes? ¿Cómo vamos a crear las condiciones que nos permitan plantear cuestiones fundamentales sobre el funcionamiento de los sistemas políticos, que nos lleven a formular aquellas "hipótesis escandalosas" por las cuales Robert Lynd nos reprochó una vez?⁸ Un nuevo despertar sobre la parte que desempeñan los compromisos valorativos y otras influencias sociales en limitar el alcance de nuestra investigación básica, puede corregir en parte los errores en nuestra manera de operar. Pero este autoescrutinio moral quizás no sea suficiente. Si vamos a trascender nuestros propios prejuicios culturales y metodológicos, tal escrutinio nos conduce a solo parte del camino. Tal vez necesitaremos tomar medidas más fuertes y encontrar ayuda adicional retornando a una tradición más vieja en la investigación política, pero en forma completamente moderna.

Hace muchos años, en mi libro *The Political System*, yo argumentaba sobre la necesidad urgente de considerar de nuevo nuestro enfoque a la teoría de los valores, y que a la vez comenzáramos la tarea igualmente crítica de construir una teoría empírica.⁹ Esta última tarea se está llevando a cabo en nuestra disciplina. La construcción creadora de alternativas políticas aún no ha comenzado.

Para enriquecer su propio entendimiento y darle un sentido más abarcador a su realidad social, los grandes teóricos políticos del pasado creyeron útil desarrollar concepciones nuevas y radicalmente diferentes de tipos posibles de relaciones políticas futuras. Al formular alter-

⁷ Ver: D. Easton y I. Dennis, *Children in the Political System: Origins of Political Legitimacy* (New York: Mc Grow-Hill, 1969), Chapter 2.

⁸ R. S. Lynd, *Knowledge for What?* (Princeton: Princeton University Press, 1939).

⁹ D. Easton, *The Political System*, Capítulos 9 y 10.

nativas amplias y especulativas sobre nuestra realidad presente, nosotros también podremos comenzar a entender mejor los defectos de nuestros sistemas políticos y a explorar las rutas abiertas al cambio, que tanto necesitamos. Yo argumentaría que esta tiene que considerarse como parte de la función y responsabilidad de la ciencia si es que va a seguir siendo relevante para el mundo contemporáneo. Esas filosofías que buscan restaurar el derecho natural clásico y que rechazan la posibilidad de una ciencia del hombre han desperdiciado su oportunidad y han puesto en duda su capacidad para llevar a cabo este aspecto creador de la teoría. Necesitamos teorizaciones especulativas audaces que en vez de rechazar, estén dispuestas a apoyarse en las conclusiones de la ciencia *behaviorista* contemporánea, y que estén dispuestas a contemplar las implicaciones que tienen esas conclusiones para la vida política, a la luz de marcos valorativos articulados.

No puede sobreestimarse la importancia que tiene este tipo de especulación para la ciencia política. Para aquellos que tratan de entender cómo operan los sistemas políticos, tal especulación provee perspectivas alternativas desde los cuales puede determinarse la prominencia de los problemas que seleccionan para la investigación y el análisis. Si tomamos en serio las conclusiones de los sociólogos del conocimiento, se sigue que nuestras perspectivas éticas afectan mucho nuestra producción científica. En ese caso, si no se fomenta dentro de la disciplina la especulación creadora sobre alternativas políticas en el sentido más amplio posible no podemos evitar encerrarnos dentro de las limitaciones del marco valorativo existente. A medida que tal sistema de valores deja de ser relevante para los problemas de la sociedad, sus compromisos con la preservación del sistema tienen que impedirnos ver las cuestiones urgentes que surgen aún en el futuro inmediato.

Esto es lo que precisamente le ha pasado a la ciencia política. Tanto nuestros filósofos como nuestros científicos no han podido reconstruir en algún sentido relevante nuestro sistema valorativo, ni ponerlos a prueba a través de la concepción creadora de nuevos tipos de sistemas políticos que podrían llenar mejor las necesidades de una sociedad post-industrial y cibernética. Un nuevo grupo de perspectivas éticas relacionadas con este tema podrían sensibilizarnos a una serie completa de nuevos tipos de problemas políticos que merecen investigarse. Podría destacar también la importancia de investigar esos problemas con tipos nuevos o radicalmente modificados de teorías empíricas relevantes. En esa forma podríamos librarnos de esa miopía ocupacional que produce la excesiva atención a los hechos. Estaríamos a la vez menos inclinados a caer en la trampa del "conservadórismo empírico",¹⁰ o en compromi-

¹⁰ H. Marcuse, *One-Dimensional Man*, Boston: Beacon Press, 1964), Chapter 4.

sos con perspectivas que quieren mantener el sistema como está, de lo cual ha sido acusada¹¹ con justicia la ciencia política por los *post-behavioristas*, entre otros.

Nuestra disciplina necesita reorganizarse en esas diferentes formas. La investigación básica necesita mantenerse como una inversión para el futuro. Pero aún *sus* prioridades necesitan ser cambiadas a la luz de un mayor entendimiento de sus propios supuestos valorativos. La investigación aplicada, orientada a la acción, requerirá más que nunca más atención sistemática. Necesitamos estar más conscientes de los límites que nuestras premisas valorativas han impuesto a nuestra investigación. Y finalmente, apoyándose en los fundamentos sólidos del conocimiento que posibilita la investigación *behaviorista*, deben considerarse seriamente las alternativas posibles de reorganización de nuestras relaciones políticas.

El profesional y el uso del conocimiento

No solo nuestra disciplina sino también nuestra profesión necesitan reestructurarse para que estén en armonía con las nuevas concepciones de las ciencias sociales. La disciplina se refiere a nuestra empresa intelectual; nuestra profesión incluye los estudiosos diestros y los expertos que participan en la disciplina. Los *post-behavioristas* aducen que los compromisos *behavioristas* no crean solamente una disciplina sino también una profesión cada vez menos relevante para el mundo político que la rodea.

La imagen Behaviorista de la profesión

Se ha argumentado que hay dos razones básicas que explican esa pérdida de relevancia. En primer lugar, la profesionalización de la disciplina en términos *behavioristas* ha desarrollado una imagen de la ciencia política en la cual el conocimiento y la acción aparecen bien separados y compartamentalizados.¹² Como científicos que poseemos pericias especiales, nos consideramos proveedores de algo llamado peritaje profesional. Nuestra tarea como expertos es ofrecer asesoramiento sobre los medios solamente y no sobre los fines para los que se puede usar nuestro saber. Como dice un viejo adagio: estamos disponibles, pero no tenemos poder.

¹¹ Ver: C. A. McCoy y J. Playford (eds.), *Apolitical Politics* (New York: Crowell, 1967) and D. Easton, *The Political System*, Capítulos 2 y 11.

¹² Véase especialmente T. Rozak (ed.), *The Dissenting Academy* (New York: Random House, 1968), "Introduction".

Pero es un hecho, como afirma el *post-behaviorismo*, que el experto no ha vivido nunca de acuerdo a esa norma. Como hemos señalado antes, la investigación *behaviorista* no ha sido capaz de alcanzar grado alguno de neutralidad ética. Al aplicar su conocimiento, el científico político, explícita o involuntariamente acepta las premisas valorativas de aquellos a quienes sirve. Su actitud de neutralidad tiene la consecuencia adicional de minar su voluntad y su capacidad para cuestionar los propósitos más abarcadores a que sirve su conocimiento.

Hay una segunda razón que explica la declinación en relevancia profesional. Aquí el *post-behaviorismo* rompe abruptamente con el paradigma profesional prevaleciente sobre la relación moral entre investigación y acción. En la interpretación *behaviorista* la posesión del saber no impone al científico la obligación especial de poner su conocimiento al servicio de la sociedad. El queda libre de escoger si salirse o no de su papel científico a ese propósito. Esta actitud hacia el compromiso político ha sido una premisa moral aceptada en la profesión y ha permitido, o acaso estimulado, la retirada de la lucha política. El conocimiento se divorcia de la acción.

Para el *post-behaviorismo* comienza a desaparecer la línea divisoria entre investigación pura y servicio. El conocimiento crea conciencia de alternativas y de sus consecuencias. Esta oportunidad de selección racional le impone obligaciones especiales al que conoce. El científico político como profesional es el conocedor *par excellence*. Por lo tanto es inmoral para él no actuar a base de su conocimiento. Cuando afirma que el conocer conlleva la responsabilidad de actuar, el *post-behaviorismo* se une a una venerable tradición derivada de fuentes tan diversas como la filosofía clásica griega, Karl Marx, John Dewey y el existencialismo moderno.

Criterios para el uso del conocimiento

Son considerables las implicaciones que tienen esta alteración *post-behaviorista* de la imagen del papel del profesional en la sociedad. Si el científico político va a evaluar los usos que se hacen de su conocimiento y si él mismo va a aplicar ese conocimiento en las controversias sociales, ¿qué criterios van a guiar su selección? Aquí el *post-behaviorismo* retorna a la concepción humanista del intelectual como custodio de aquellos valores civilizados conocidos por todos los hombres. Al intelectual toca velar porque toda la sociedad y no sólo una parte privilegiada de ella se beneficie de su pericia profesional. Cumple sus obligaciones si toma en consideración el mayor número de intereses en la sociedad.

Muchos *post-behavioristas* al examinar las actividades de los estudiosos en los años recientes, concluyen que el talento de los científicos políticos se ha puesto al servicio de las élites de gobierno, del comercio y de las organizaciones militares y voluntarias. Se cree que el profesional tiene poca comunicación y contacto con aquellos grupos que en particular se benefician menos de los beneficios de la sociedad industrial moderna: las minorías raciales y económicas, los públicos que apenas tienen representación en el país, y las masas coloniales en el extranjero. Estos son los grupos que menos reciben los recursos de la pericia que representa la ciencia política. La responsabilidad social del científico político es rectificar ese desbalance.

De acuerdo con este punto de vista *post-behaviorista*, la aplicación del conocimiento profesional al servicio de reformas sociales compete con la búsqueda del saber por el saber mismo. La reforma social y el conocimiento son inseparables. Indudablemente que está surgiendo una nueva imagen del profesional, en que no se le niega a la ciencia su lugar, pero en la cual el científico ya no es libre para separar la vida del intelecto de la acción social. La diferenciación de Weber entre la vocación del científico y la del político ya no satisface completamente.

Esta nueva imagen lleva a la politización de la profesión. Si se le pide al profesional que utilice su conocimiento en beneficio de la sociedad, aquellas colectividades de expertos que llamamos asociaciones profesionales son igualmente culpables, si en su capacidad corporativa no cuestionan los propósitos para los que se usa su pericia o si dejan de actuar cuando ese saber les anticipa algún peligro. En esto se encuentran las raíces morales e intelectuales de la constante presión sobre las asociaciones profesionales para que tomen posiciones sobre las cuestiones públicas sobre las que su pericia les otorga un saber especial.

La politización de la profesión

Esta tendencia *post-behaviorista* a politizar las asociaciones profesionales ha encontrado gran resistencia. Las objeciones no se derivan de argumentos de principios, sino del temor práctico de que nuestras asociaciones profesionales no podrían llevar a cabo sus propósitos científicos normales. Concedamos la plausibilidad de esa consideración práctica. A pesar de eso, ¿tenemos que rechazar completamente la nueva imagen que desarrolla el *post-behaviorismo*?

Hay un hecho claro. Las crisis de nuestro tiempo afectan a todos los grupos, incluyendo a las ciencias sociales. Las presiones para usar todos nuestros recursos para evaluar críticamente las metas y para proveer medios efectivos, son demasiado fuerte para poder eludirse. Para

muchos de nosotros ya no es práctico ni moralmente aceptable quedarnos fuera sin tomar posiciones cuando nuestras pericias profesionales nos anticipan el desastre.

Al aceptar esta nueva (pero antigua) obligación del intelectual, tenemos que reconocer que el científico político profesional puede dedicarse a tres tipos de actividades distinguibles entre sí. Estas son, por un lado, la enseñanza y la investigación y, por otro, la política práctica. En algún lugar entre éstas, el científico político actúa como consultor y asesor. Cada una de esas actividades —como estudioso, político y consultor— moldea e influencia las otras. ¿Será viable construir una organización que sirva los propósitos colectivos de la profesión para facilitar todas estas tres clases de actividades? ¿Podremos proveer una sensata división de trabajo entre diferentes organizaciones que permitan la más completa expresión para todas estas actividades a las que tiene que dedicarse el científico político profesional en estos tiempos críticos? Parece posible.

Podemos concebir algunas organizaciones profesionales que se dediquen especialmente al tipo de acción que ayuden a contribuir a nuestro conocimiento básico acumulado y que facilite la comunicación entre nosotros y entre las generaciones sucesivas de científicos políticos. Entre estas se encuentran nuestras asociaciones profesionales, las cuales están diseñadas para ayudar a la enseñanza y a la investigación. Podríamos sin embargo, concebir también otros tipos de organizaciones profesionales que se encargarían de estructurar la aplicación de nuestro peritaje a los problemas sociales existentes. Aun no tenemos esas organizaciones en la ciencia política ni en general en las ciencias sociales.

Si consideramos esta cuestión sólo como científicos políticos, nos crearemos dificultades insuperables. Los problemas sociales no vienen finamente empaquetados como lo económico, lo psicológico, lo político y así por el estilo. Nuestras crisis tienen sus raíces en problemas que incluyen todos los aspectos de la conducta humana. Nuestras asociaciones profesionales están orientadas hacia las disciplinas y estas son áreas analíticas. Estas, por necesidad, desmenuzan la realidad en especialidades que tienen significado principalmente para la búsqueda de conocimiento fundamental. Para propósitos de establecer metas y determinar los medios de resolver problemas sociales, tenemos que agrupar las disciplinas en una organización, la cual pueda movilizar los recursos de todas las ciencias sociales y concentrarlos en controversias específicas.

Para llevar a cabo este propósito, es tiempo de que aceptemos nuestra responsabilidad especial como estudiantes de la política. Debemos

tomar la iniciativa pidiendo el establecimiento de una Federación de Científicos Sociales, propuesta que había sido hecha por uno de nuestros colegas.¹³ Las tareas de tal Federación serían identificar las principales controversias del momento, clarificar objetivos, evaluar la acción tomada por otros, estudiar y proponer soluciones alternativas y ejercer presión vigorosa en la esfera política.

Si como grupo no nos politizamos en esa forma, al quedarnos afuera sin tomar posiciones, mientras los problemas del mundo aumentan en grado e intensidad, damos apoyo ciego a las políticas prevaletentes, de hecho adoptamos una posición política. Al actuar colectivamente en nuestra capacidad profesional a través de una Federación de Científicos Sociales, tendremos la oportunidad de justificar nuestras políticas moral e intelectualmente. De esa manera empezamos a satisfacer nuestro sentido cada vez mayor de responsabilidad política en una época de crisis. Podremos a la vez conservar nuestras instituciones históricas y las asociaciones profesionales para la búsqueda incesante del saber fundamental.

Tal Federación dejaría de llevar a cabo sus funciones si se convierte en eco de propósitos nacionales, en instrumento de política oficial o en crítico blandengue de las cosas como están. Si Mannheim está en lo correcto al describir al intelectual como uno de los grupos sociales con menos raíces, el científico social profesional debe verse a sí mismo comprometido con los valores humanos más abarcadores. Esa debe ser la clave que emplee para influenciar las controversias sociales. Hay, sin embargo, muchos obstáculos en el camino. De esos, el más importante es la identificación con las metas e intereses de la propia nación. Los científicos políticos tienen que evitar los efectos mutilantes que tiene para la intelectualidad los compromisos inconscientes con las metas y perspectivas nacionales. Así como la ciencia como cuerpo de disciplinas pretende ser internacional en amplitud, de la misma manera el científico social necesita desnacionalizarse. Como ocurre con el ideal servicio civil internacional, algún día el profesional de las ciencias sociales podrá también alcanzar máxima libertad de los compromisos nacionales, al tener que portar pasaporte internacional y comportarse de acuerdo a tales exigencias.

Para la profesión en general, la actual fase *post-behaviorista* estimula al desarrollo de una nueva norma de conducta. Ve la participación en los procesos políticos como responsabilidad especial del intelectual, no importa las formas institucionales a través de las cuales se expresa. Puede también exigir algún día la liberación del científico

¹³ Correspondencia personal de David Singer, del Mental Health Reserch Institute, University of Michigan, Ann Arbor, Michigan.

social de las ataduras a los objetivos y necesidades particulares de su propio sistema político.

Es obvio que los nuevos tiempos exigen que pensemos de nuevo en forma radical sobre lo que somos y queremos ser como disciplina y como profesión. El *post-behaviorismo* es hoy una tendencia intelectual que permea muchas cosas y que representa un esfuerzo de hacer precisamente eso. Su misma capacidad de extensión no permite que caiga en manos de algún grupo o ideología particular. También amplía los métodos y las técnicas *behavioristas* al tratar de presentar sus implicaciones sustantivas en forma más persuasiva para los problemas de la época. El *post-behaviorismo* representa, por lo tanto, la contribución más reciente a nuestra herencia colectiva. Por esa misma razón, como tendencia intelectual, no es la amenaza y el peligro que muchos temen. Más bien representa, dentro de la amplia perspectiva histórica de la disciplina, una oportunidad para cambios necesarios. Podemos aprovecharlo o rechazarlo, pero es imposible ignorarlo. Representa un reto para reexaminar sin temor alguno las premisas de nuestra investigación y los propósitos de nuestra vocación.